

POESÍA.

¡Ciudad de los palacios, vergel americano,
Venecia la opulenta, oh gran Tenochtitlán,
En alas de la fama, tu nombre soberano
Volado ha por mi patria, la ilustre Michoacán!

Los ecos de tus glorias, tus fiestas, tu alegría,
Tu pompa religiosa de egregia excelsitud,
Llegaron á mi oído en grata melodía,
Como lejano acento de plácido laúd.

Yo sé que hoy se presenta feliz en los altares
Pontífice glorioso, de México esplendor;
Por eso he consagrado mis tímidos cantares
Al noble centinela, caudillo del Señor.

Sabemos que hoy alegres resuenan y armoniosos
Melódicos acentos de bardos mil y mil;
¡Oh, quién pudiera darme sus notas melodiosas
Para pulsar con ellos la lira de marfíl!

Mas ya que no es posible lo que la mente ansía,
Un título yo tengo que aquellos no poseen:
La patria del Prelado, de eterna poesía,
A mí me pertenece, soy su hijo yo también.

Las brisas que mecieron, y dulces arrullaron
La cuna del egregio, magnífico Pastor,
También ellas mecieron, y suaves columpiaron
La cuna de este humilde y obscuro soñador.

Pontífice preclaro, ¿te acuerdas de este suelo,
Donde tus garzos ojos se abrieron á la luz?
Muy diáfano y tranquilo y espléndido es su cielo,
Y aun por la noche es bello su fúnebre capuz.

El Duero caudaloso de márgenes floridas,
¿Te acuerdas hoy del Duero que riega nuestro Edén?
Ahora, como entonces, las cañas adormidas
Remece clamoroso con tímido vaivén.

¿Te acuerdas de sus bellos, frondosos ahuehuetes
Que acrecen de sus aguas el blando murmurar,
Y de sus mil remansos y plácidos bosquetes
Donde las auras bullen con suave susurrar?

Los mismos que de niño miraste con anhelo,
Los mismos allí crecen, allí mismo se ven
Alzando sus penachos al azulado cielo,
Con manto de esmeralda y rubicunda sien.

El valle, como siempre, se mira tapizado
De espigas y verdura, de flores y maizal:
Ahí saltando muge magnífico ganado,
Y es todo como siempre, Edén primaveral.

Y corta por doquiera los anchos horizontes
Envueltos en la gasa de espléndido arrebol,
La circular cadena de blanquecinos montes
Que baña con su lumbre reverberante sol.

Y por doquiera brotan bellísimos rosales;
Y plátanos en fruto se miran descollar;

Y esbeltos, elegantes, frondosos naranjales,
Cubiertos de fragante, blanquísimo azahar.

En esta tierra fértil, bellísima, graciosa,
Se aduerme recostada, cual mágica beldad,
Del Duero, la sultana simpática, preciosa,
Zamora la opulenta, magnánima ciudad.

A nombre de Zamora que muy afortunada,
Tu cuna en este campo dulcísima meció,
A nombre de Zamora, de Dios privilegiada,
Que allá cuando eras niño gozosa te arrulló,

A nombre de este pueblo que ufano y orgulloso
Te llama entusiasmado, su gloria, su blasón,
A nombre de Zamora, Pontífice glorioso,
Acepta esta sincera y unánime ovación.

En ella he traducido la popular idea,
En ella he condensado del pueblo la expresión;
Del pueblo que te llama su espléndida presea,
Y te ama mucho, mucho, con todo el corazón.

Él sabe que en aciagos y tempestosos días,
Allá cuando al destierro marchaste allende el mar,
Allá cuando proscrito, en Roma tú gemías,
Amante procurabas su dicha y bienestar.

Él sabe que tú entonces, solícito de gloria
Para tu patrio suelo, para el país natal,
Lograste que Pío nono, de plácida memoria,
Fijara en tu Zamora la Sede episcopal.

Por eso desde entonces, de gozo palpitante
Memora el beneficio con tierna gratitud;
Por eso desde entonces, exclama delirante:
¡Salud! ¡al Zamorano Pontífice, salud!

¡Salud, al eminente Jerarca mexicano!
 ¡Salud, al sabio ilustre que supo conquistar
 Las alabanzas todas del pueblo zamorano,
 Que nunca, nunca, nunca, le llegará á olvidar!

Las bendiciones todas de un pueblo agradecido,
 Del niño, del anciano, del hombre y la mujer,
 Acéptalas, egregio Pontífice querido,
 He aquí mi ofrenda humilde de mísero valer.

Presbítero,

FRANCISCO DÁVALOS.

EGREGIO GUADALUPANO.

Con este encumbrado título, que los comprende todos, debemos saludar al Benemérito Prelado, al alto Dignatario que tanta honra ha dado á su elevado puesto, al Excmo. Ilmo. y Revmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Primer dignatario de la Iglesia Mexicana, en el gran día del Quincuagésimo Aniversario de su Ordenación sacerdotal, jubileo especial que ninguno de sus predecesores, que sepamos, llegó á celebrar.¹

Inmensos é incomparables servicios ha dispensado el Ilmo. Sr. Labastida á la *santa causa guadalupana*, y con ella á la religión y á la patria.

Amenazaba extinguirse la Colegiata, que, debido á la munificencia de los Palencias, de los Castañedas, fué la primera que se erigió en las Américas hacia mediados del siglo pasado; cuando, procedente de Roma, con indecible consuelo de todos los creyentes mexicanos, regresaba á su Sede archiepiscopal nuestro amadísimo Diocesano. Su respetable y sola presencia bastó para reanimarlo todo; ella era la mejor y más segura garantía de que sobre la generación actual no pesaría el tremendo castigo de que se clausurara aquel insigne templo. “El día en que no se adore á la Virgen del Tepeyac en esta tierra, ha dicho un escritor imparcial, es seguro que habrá desaparecido, no sólo la nacionalidad mexicana, sino hasta el recuerdo de los moradores de la México actual.”²

Atalaya avanzado de las vastas regiones del Anáhuac, catolizadas

¹ Hemos consultado varios autores.

² Altamirano, *Leyendas y Paisajes*, pág. 484.